

voca una mutación cerebral experimental. El hombre nuevo teilhardiano es de los dos el más artificial. El aspecto más original, y que sobrevivirá, de la obra teilhardiana es la aplicación a la ética y a la axiología del determinismo estático.—M. N. R.

BUCKLEY (Walter): *Social Stratification and Social Differentiation*, en «*American Sociological Review*», XXIII, 4, 1958 (págs. 369-75).

El presente trabajo se propone analizar la teoría funcional de la estratificación social, tratando de descubrir, de modo primario, sus fallos metodológicos. Su autor, Walter Buckley, sostiene que la actual teoría funcional de la estratificación social no es tal teoría de la estratificación, sino que más bien se acerca a una teoría de la diferenciación social, añadiendo que, en este caso, no se trata de una simple y arbitraria discriminación terminológica.

Davis-Moore, como exponentes de la teoría funcional, afirman que si los derechos y tareas de los diferentes puestos de la sociedad deben ser desiguales, consecuentemente la sociedad debe estar estratificada, ya que esto es lo que precisamente quiere significar estratificación. En completo desacuerdo con esta aserción de los funcionalistas, Buckley mantiene que el término estratificación tradicionalmente ha venido significando para la mayoría de los tratadistas la existencia de estratos, es decir, de subgrupos o colectividades específicas que continúan ocupando, a lo largo de varias generaciones, los mismos puestos en la sociedad y gozando de un prestigio y poder similares. Por consiguiente, la afirmación de Davis-Moore hace referencia únicamente al hecho de la diferenciación de posiciones sociales y no dice nada acerca de la existencia de estratos, los cuales, y aquí Buckley amplía su anterior definición, implican agrupaciones de individuos con continuidad biológica y social, cuya ascripción a los diferentes puestos se puede, hasta cierto punto, predecir.

Tras esta aseveración, Walter Buckley hace referencia a los diversos autores que han tratado del tema. En los primeros trabajos, los de Marx, Pareto, Veblen, Weber, se considera a los estratos sociales, implícita y explícitamen-

te, como desarrollos históricos. Ya dentro de los precursores de la sociología americana, Ward, Cooley, Page, Small, Ross, Sumner, se consideran la continuidad y la heredabilidad de la posición social como básicas para el concepto de clase. Los tratadistas modernos, Tawney, Wiese-Becker, Sorokin, MacIver, Kurt Mayer, entre otros, sostienen igualmente que la permanencia en un estrato determinado y la desigualdad hereditaria son características esenciales del fenómeno de la estratificación. Con este estudio histórico, Buckley se propone respaldar su propia postura.

Por tanto, el autor prosigue que es necesario que nos pongamos de acuerdo en designar estratos sociales a los grupos o colectividades humanas y no a las diferentes posiciones existentes en una sociedad determinada. No se debe definir a la estratificación social como aquella que hace referencia a la existencia de una jerarquía de posiciones sociales, sino como aquella que implica la existencia de una jerarquía de grupos sociales o colectividades.

Ahora bien, el hecho de que la diferenciación y estratificación sociales sean analíticamente dos fenómenos distintos no significa que no exista entre ambos una íntima relación. Muy al contrario, una diferenciación social acompañada de grandes desigualdades en la distribución de riqueza, poder y prestigio pueden dar lugar al desarrollo de estratos más o menos permanentes, y a su vez estos últimos parecen promover el mantenimiento de grandes desigualdades.

En suma, Buckley afirma, no parece injusto sostener que los funcionalistas ponen en peligro con su única definición de estratificación social gran parte del trabajo realizado hasta ahora en este respecto.—J. C.

COSER (Lewis A.): *Georg Simmel's Style of Work: a Contribution to the Sociology of the Sociologist*, en «*The American Journal of Sociology*», LXIII, 6, 1958 (págs. 635-641).

Se ha dicho usualmente del estilo de la obra de Simmel que es un ejemplo de elegancia y brillantez, pero, al mismo tiempo, se ha afirmado de él que se caracteriza por la falta de exposición sistemática. Igualmente se ha venido

atribuyendo estas características del estilo de Simmel a su propia personalidad, sin dar importancia alguna a la posible influencia que sobre él pudiera ejercer el marco social en el que vivía. El objeto de este artículo es, pues, mostrar que se puede ganar mucho en la interpretación del peculiar estilo del sociólogo alemán acudiendo al papel desempeñado por él dentro de la estructura académica de la Alemania de su tiempo. Esta perspectiva sociológica nos puede explicar muchas cosas, que han sido descuidadas desde otros puntos de vista.

Los biógrafos nos dicen de Simmel que en su vida académica no fué reconocido como debiera, dados sus indudables méritos. Durante quince años fué un Privatdozent en la Universidad de Berlín, cargo que implicaba una situación de aprendizaje, no obstante, en esta época aparecieron algunas de sus obras más importantes. En 1900 se le confirió el puesto de profesor extraordinario, que no le otorgaba, sin embargo, la plenitud académica, ya que continuaba siendo una posición de carácter auxiliar. En este cargo permanece prácticamente durante toda su carrera. Solamente en 1914, cuatro años antes de morir, le fué concedida la plenitud académica.

El autor de este trabajo especifica que el tema del mismo no es tanto los requisitos y condiciones que la Universidad alemana exigía a los pretendientes a un puesto en el profesorado, que los efectos que determinados puestos académicos producían en sus titulares. Se puede argumentar, continúa Coser, que la posición subalterna de Simmel era una consecuencia de su estilo. Pero, ¿cómo explicar, entonces, que el pensador alemán no tratara de remediar la situación enmendándose y de esta manera accediendo a los deseos de sus superiores? ¿Por qué llegó incluso a acentuar aquellas características que no le favorecían?

Aquí, pues, hemos de preguntar si la estructura universitaria le presentaba la alternativa de otro papel distinto que él muy bien podía representar. En efecto, la Universidad alemana esperaba de sus profesores que contribuyeran al avance científico, que colaboraran con sus colegas y que ejercieran la docencia. No obstante, el propio profesorado no estimaba científicamente mucho a

aquellos que dedicaban excesivo tiempo a dar clases. Por el contrario, el profesor popular gozaba de gran prestigio entre sus alumnos y el público que asistía a sus conferencias. En este caso, al profesor no se le valora por sus aportaciones sistemáticas y metódicas, sino más bien por la brillantez de sus actuaciones, la novedad de sus ideas y su habilidad de sugestionar. Y todos están de acuerdo en que Simmel poseyó estas cualidades de manera indiscutible.

De este modo, la novedad e inconformidad de Simmel se explican, siquiera parcialmente, por su posición académica y por las presiones de la estructura social de la Universidad.—J. C.

CUVILLIER (Armand): *L'Homme et la Société*, en «Les Études Philosophiques», XII, 3, 1957 (págs. 370-373).

Considérase innecesario recordar que la actividad del hombre se ejerce en un medio social y en función de las condiciones sociales. Pero resulta interesante analizar las relaciones de la actividad creadora humana con el ambiente social en que se desenvuelven.

Desde un primer punto de vista la realidad social aparece primero como un «obstáculo», o al menos como una «materia» para esa actividad. La sociedad tiene el carácter de simple «dato» con el que debe contar la actividad del hombre y al cual debe, algunas veces, someterse. Partiendo de la definición de sociología como ciencia de las instituciones, podemos afirmar que la palabra «institución» implica cuanto de dato y de prefijado hay en las realidades sociales; pero no todo está muerto y congelado en las instituciones sociales, que como sometidas a la ley general de la evolución social están sujetas a un perpetuo desarrollo.

Estas consideraciones nos llevan a divisar otro aspecto de la realidad social; ya que no la vemos como un simple dato, sino como una obra del hombre, hecha por él. La movilidad de las instituciones y de las costumbres hace que mientras se mantienen, en apariencia, inalterables en su forma, se transforman con frecuencia en su significación. Se produce un fenómeno de heterogeneidad de los fines, en decir de Wundt, que hace que las instituciones, las costumbres, los ritos, puedan, a lo largo